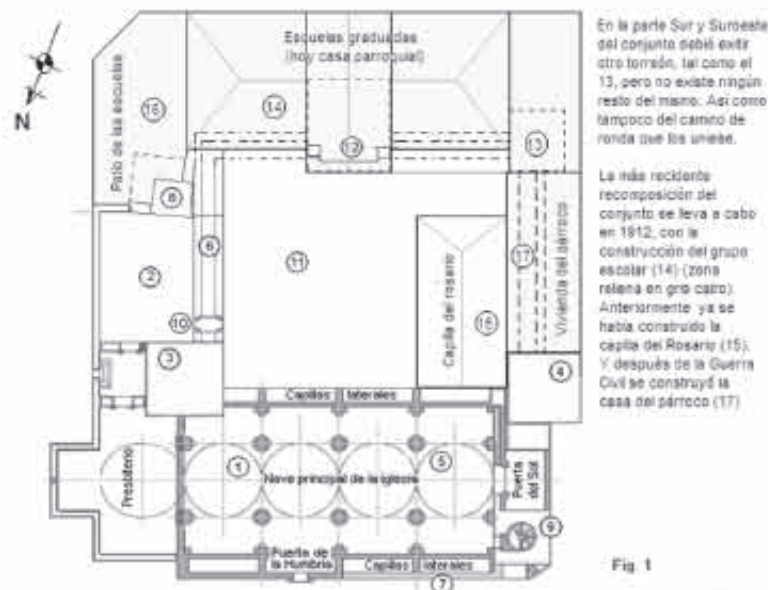


EL CASTILLO DE VILLACARRILLO. CONJETURAS ACERCA DE SU POSIBLE ORIGEN (y V)

Ha llegado el momento de finalizar esta serie de trabajos dedicados a la investigación sobre los orígenes y transformaciones ocurridas en el conjunto de la iglesia-fortaleza que terminó convirtiéndose en lo que hoy es el monumento de Vandelvira. Pero esto no debe significar que esté en mis intenciones abandonar esta investigación; seguiré trabajando en ella y los avances que consiga los publicaré de forma adecuada, bien en esta revista o por otro medio. No descarto que me haya dejado atrás errores susceptibles de ser corregidos. Como indica el título de este trabajo, me he valido de hipótesis que pueden haber quedado muy distantes de lo que fuese la realidad. Los escasos datos documentales en que basarme solamente alcanzan a probar la existencia de los elementos de que hablo, pero para nada sirven a la hora de dar una idea de sus formas y dimensiones. Si existiesen documentos gráficos, como planos, podría reproducirse con bastante exactitud el aspecto del conjunto, o parte del mismo. Ahora bien, necesario será también decir que, siendo escasos estos datos, algunos de ellos, como los restos existentes, son concluyentes; constituyen la más irrefutable prueba que se pueda tener. Por tanto, en no pocas ocasiones, otras de estas conjeturas deben de ser veraces. Suplida la escasez de datos documentales con este segundo tipo de evidencias, la reconstrucción virtual que me propuse llevar a cabo debe concedérsele un aceptable nivel de credibilidad. Pero es innegable que el trabajo queda inconcluso, como no tenía más remedio que ocurrir, según ya he manifestado repetidamente. La tarea debe ser interminable, pues por mucho que se pueda mejorar, dado el hecho de su complejidad, siempre quedarán cabos sueltos y su mejora continuará abierta a nuevos datos y conocimientos que puedan ir surgiendo. No puedo negar que me dejo muchas cosas sin explicar, y que quizá hubiera merecido la pena hablar de ellas, pero he preferido esto a que tanto pormenor pudiese acabar aburriendo a mis lectores. En atención a ello, para volver tratar de estas cuestiones con otras noticias interesantes que puedan ir surgiendo o haber quedado en el olvido, deberá producirse alguna, necesidad o hecho distinto y poderoso. Soy consciente de que el desarrollo del trabajo lo he llevado a cabo un tanto desordenadamente y asumo la culpa que haya podido tener yo en ello. Pero habrá de tenerse también en cuenta, tal como ya lo he puesto de manifiesto repetidamente, que la información con que se pueda trabajar en cualquier caso parecido, no llega regular y puntualmente. Más que con datos concretos he trabajado, como digo en el título, con conjeturas. Mas en cualquier caso, he procurado basarlas en argumentos que me parecen bastante sólidos. Comprendo que haya resultado una especie de “trabajo en sucio”, realizado sobre la marcha de los conocimientos que se han ido suscitando. Mi intención es completarlo y ordenarlo mejor, para sacarlo a la luz por algún otro medio.



Para evitar al lector el trabajo de tener que colocar ante su vista números anteriores de esta revista, incluyo de nuevo el plano de planta general que puede verse en la fig. 1 de este capítulo. Antes de comenzar a exponer los últimos pormenores con que pretendo cerrar esta serie de esbozos para una reconstrucción virtual del conjunto, debo corregir algo que ya había dicho en capítulos anteriores, y que he comprendido mejor casi en los últimos momentos. Ello es que, aunque la iglesia y la fortaleza cristiana se desarrollaran vinculadamente la una a la otra, y lo más razonable sea pensar que el primer inmueble religioso se levantase en lo que fuera el



primitivo patio central del castillo, debió de haber un tiempo, más corto o más largo, en el que, una de dos, o este patio se hallaría diáfano, libre de edificaciones en su solar, o la iglesia sería más reducida de lo que al principio imaginé. De las razones que lo prueban hablaré unas líneas más adelante. En cuanto a estos pormenores que digo, consistirán en un repaso general, por todo lo que anteriormente he expuesto, completado por aquellas cosas más interesantes que me haya podido dejar olvidadas. Me remontaré de nuevo al siglo XIII, en el que es ganada a los moros la plaza, con toda seguridad por capitulación voluntaria de los perdedores. Hablé de que resulta poco creíble que los cristianos no pensasen en la construcción de un templo en el que celebrar sus cultos. Y no se puede negar que esto será una razón de peso. La cuestión era dónde pudieron edificarlo. No tuvo más remedio que ser, aparte de no dejando mucho lapso de tiempo, en un lugar seguro, protegido de ataques sarracenos. En aquel tiempo, las iglesias debían ser, al mismo tiempo, fortalezas. Se dice que fue sobre “las ruinas del viejo castillo árabe”. Pero esto no debió ser exactamente así, por las razones constructivas que ya he argumentado sobradamente. Ni lo que por entonces hubiese del castillo sería de factura completamente árabe, ni menos estaría en ruinas. Para resumir este recorrido, en el cual he tratado de esbozar, en cinco capítulos, una reconstrucción virtual de lo que haya sido el castillo en todas sus etapas, desde la primera alcazaba árabe hasta lo que hoy puede verse, presento a continuación una serie de imágenes, correspondientes a los siglos XIII, XIV, XV, XVI y XVII, que ilustran este último capítulo como una serie de dibujos en perspectiva destinados a interpretar, no lo que fuesen con seguridad, sino aproximadamente, las diferentes etapas por las que atravesaría el conjunto. Preciso será insistir en que no todo lo que aparece en estos dibujos son meras conjeturas, solo aquellas cosas en las que falta una documentación precisa o pruebas realmente existentes. En otras ocasiones, como advierto puntualmente, deben tenerse por ciertas. En estas imágenes se contiene lo que yo creo que es una buena aproximación a la realidad. La primera de estas imágenes es, por supuesto, completamente imaginada, pues carecemos en absoluto, no sólo de restos existentes, sino de una documentación que pueda darnos una idea, ni siquiera aproximada. Si me atrevo a plasmar un hipotético dibujo del primer castillo islámico, es por no eludir un testimonio de lo que pudo ser el reducto militar en sus comienzos almohades. Y además por plasmar en él su probable aspecto de fabricación a base de muros de tapial, bien diferente al pétreo de las siguientes etapas cristianas. Que ésta se asentase sobre los cimientos de otra aún más antigua, no es descartable. Todas las transformaciones sufridas por las diferentes edificaciones sobre el lugar deben de ajustarse, eso es casi seguro, a la conservación aproximada de perímetros. La situación del aljibe, como ya puse de manifiesto, es la mejor prueba de ello. Sobre su existencia real, sin embargo, no debe dudarse. Son muchas las razones que hay para ello. La mayoría de estas razones ya las he expuesto anteriormente.

Ante la desmedida proliferación de noticias y “documentos” que hablan del origen árabe de los actuales restos del castillo, me siento en la obligación de insistir en su desmentido. Definitivamente, no son árabes estos restos, se levantarían, eso sí, sobre aquellos otros que, con bastante seguridad, lo fueran. Tales noticias, tengo que decirlo, se originan, más que en otra cosa, en ingenuas fantasías. Lo que fuera la primera fortificación respondería al aspecto de la fig. 6, aunque su forma no fuese exactamente la misma: patio central, algunos torreones o minaretes en sus esquinas, y todo ello construido a base de muros de tapial, técnica arquitectónica habitual en aquellos tiempos. Como no es posible saber algo en cuanto al número y situación de los torreones, he preferido reducirlos al mínimo, incluyendo en la figura solamente los dos que pueden verse. En primer lugar el minarete (4), del cual la torre-campanario de la posterior iglesia de Vandelvira, será hoy el más vivo testimonio (solamente por su situación, no por su construcción). Y en segundo lugar, bastante más hipotéticamente, en el sitio que hoy ocupa la supuesta “torre gemela” de esa especie de leyenda popular que prolifera por libros, revistas y espacios *webs*, he situado el posible torreón (9), que naturalmente, nada tendría que ver con el que hay en estos momentos. La razón que me ha llevado a ello es simplemente que no parece probable que el ala norte de la fortaleza, aquella por la que se supone que debía acceder el enemigo, estuviese defendida solamente por murallas; tal vez existieran cubos defensivos en las cuatro esquinas del patio central. En cuanto al minarete principal, el señalado con el número (4), es bastante aceptable la razón de su situación. Desde muchos ángulos del espacio circundante, y puntos bastante lejanos, la silueta que mejor se percibe es la de la torre que conocemos. ¿Qué mejor argumento para suponer que el minarete se alzase sobre su misma planta? Su función de centinela



quedaría bien justificada. Pero, de cualquier forma, no debemos olvidar que el aspecto de la figura es válido solamente a título orientativo; en cuanto a su forma solamente podremos aceptar la delimitación perimetral, y tampoco con absoluta seguridad.



Fig. 2. Cierre interno de la puerta del torreón (9)

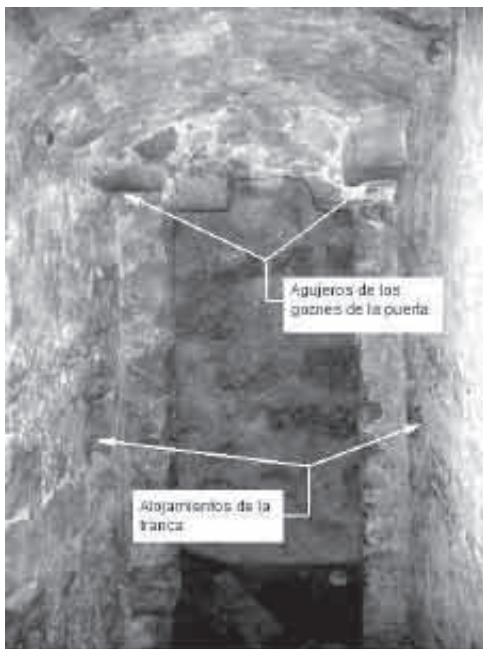


Fig. 3. Puerta de comunicación del cuerpo de guardia con el adarve

Una vez que la fortaleza pasase a manos cristianas se emprendería su refortificación, como dije con anterioridad, sustituyendo sus muros de tapial por otros de piedra. Al mismo tiempo, o con poca diferencia, se pensaría en la construcción de una iglesia cristiana, lo que se deduce del fervor religioso de las gentes del medievo. Pero es preciso admitir que después de haber sido reconstruido el castillo por los cristianos, su patio quedaría diáfano durante un tiempo. La prueba de ello es la puerta de acceso al torreón (9) que, sin la menor duda, ya existiría antes de Vandelvira. Una imagen actual de esta puerta puede verse en la fig. 2. Debe casi ser tan antigua como el primer castillo cristiano, o por lo menos construida con poca diferencia de tiempo. ¿En qué baso esta afirmación? Pues en el sistema de cierre por tranca que lleva dentro (en el interior del torreón). El sistema de tranca, como ya ha quedado expuesto, era un cierre de seguridad contra máquinas bélicas, tales como el ariete (una pesada viga rematada en una robusta cabeza). Consistía la tranca en un cuartón de madera que se colocaba en el interior, transversalmente a la puerta, y encajando en unos huecos rectangulares practicados en las paredes de piedra. Tal sólido cierre solo tendría sentido si la puerta comunicaba el recinto del baluarte (9) con un espacio abierto exterior. Si los asaltantes de la fortaleza penetraban en el patio, les sería necesario salvar un obstáculo más, la resistente puerta que guardase un refuerzo de guardias encerrados en el torreón, mientras evitaban como podían la lluvia de flechas que les cayese encima. Y este torreón es, sin duda, anterior a las obras de la Asunción, como demostré en otros capítulos. El aspecto que pudo presentar el conjunto, durante la segunda mitad del siglo XIII y la primera del XIV, podría ser aproximadamente el que se muestra en la fig. 7. Otro tanto es posible decir del minarete (4). Después de la conquista cristiana se reedificaría en piedra sillarejo y, convertido en torre albarrana, quedaría destinado a alojar el cuerpo de guardia (el principal baluarte defensivo de la fortaleza). Estaba protegido por el mismo sistema de puerta orientada hacia el patio, a la altura del camino de ronda y sólidamente cerrada con sistema de tranca, fig. 3. De estos detalles podemos inducir la conclusión de la segura pertenencia de los dos baluartes defensivos, (4) y

(9), al primer castillo cristiano que sustituyera al moro. Ahora quedaría de nuevo en el aire la cuestión de si la primera iglesia no pudo estar en el lugar de la actual sacristía ni, durante un tiempo, en el solar del patio, ¿dónde entonces celebrarían los ritos religiosos los primeros ocupantes cristianos? ¿Es posible que en forma de misas de campaña, al aire libre (en el interior del patio)? Es la única solución que podemos encontrarle, porque no existe otro sitio razonable donde ubicar el primer recinto sagrado que construyesen los cristianos. Santa María del Castillo se edificaría, como muy pronto, a partir de la segunda mitad del siglo XIV, con sus muros integrados en la estructura fortificada. Esta estructura sin duda sería ampliada, con la construcción del ala meridional, que quizá no existiera al principio, tal como puede verse en la fig. 8. Lo único que hay imaginado en esta figura es la iglesia, pues el resto debe ajustarse con bastante exactitud a la realidad, ya que así la testimonian los restos existentes. Se supone que esta primera iglesia



debió de ser de estilo gótico, no sólo por la época en que fuera construida, sino además, por su concordancia con el castillo, en el que predominan las bóvedas y arcos ojivales. Aunque tenemos documentada ciertamente la existencia de esta edificación religiosa, nada podemos saber tampoco con certeza acerca de su forma, dimensiones o estilo arquitectónico, solo imaginarlo. Al ocupar su nave principal lo que fuera antes el patio, debieron ampliarse los elementos defensivos. Se construiría un nuevo patio de armas (11) y se añadirían los torreones (3), (8), (12) y (13). La existencia de los tres primeros está confirmada por los restos existentes, pero del último no quedan vestigios. Se explicaría también así la transformación sufrida por el adarve (6), pasando de ser un camino de ronda al aire libre a cubrirse, presentando el aspecto con que hoy podemos verlo. Quedaría pendiente el enigma del descuadre del torreón (8), que debió de levantarse después de cubrir el adarve, cosas estas de las que ya hablé en *Conjeturas... IV*. (AHISVI N° 9. 2010). Si la fábrica del minarete (4) sería o no recreada con objeto de que también cumpliera las funciones de campanario, es algo imposible de saber con seguridad. Podemos afirmar ciertamente que existía antes de que fuera más tarde aprovechada por Vandelvira, como vimos en *Conjeturas... II* (AHISVI n° 7. 2008). Refiriéndonos de nuevo al torreón (9), otras evidencias de su existencia con anterioridad a Vandelvira se explicaron en *Conjeturas... II* (AHISVI. N° 7. 2008). Así es que nada de “torre gemela”, por si acaso no se han enterado bien quienes se empeñan en mantener tan fantástico invento. Naturalmente, todos estos torreones quedarían unidos por murallas, también fabricadas en piedra y rematas en pasillos almenados, aunque no se representen por no complicar el dibujo. Las transformaciones en el tramo (6) del adarve, delatadas por lo que existe actualmente, deshacen la también ilusoria teoría de que Santa María del Castillo se edificase sobre el mismo solar de la sacristía. A todo ello debe unirse la configuración del cuarto de guardia que hoy se conserva en la actual torre campanario, del cual ya hablé parcialmente en un capítulo anterior de estos trabajos (AHISVI N° 7. 2008). Este recinto está formado por un habitáculo rectangular de 2 x 3 metros aproximadamente, cubierto por una bóveda ojival. Al mismo se entra actualmente por un hueco adintelado que no debió ser una puerta propiamente dicha, ya que apenas tiene 1,20 de altura. Probablemente esta altura quedaría determinada con motivo de las obras del templo de Vandelvira, y anteriormente fuese un poco más alta, habiéndose reducido por abajo, por la parte del suelo, por relleno hasta enrasarlo con el de la balconada que cubre la puerta principal del templo (la Puerta del Sol). Véase *Conjeturas... AHISVI N° 7. 2008. Fig. 10*. Dentro de este recinto, en el lateral que da al interior del conjunto, existe otra puerta, que puede verse en la fig. 3. Ésta si debió ser el verdadero acceso al cuerpo de guardia. En la foto se aprecian los dos bloques de piedra agujereados con el fin de alojar los goznes de dos hojas de madera, que se abrirían hacia al interior. Además se conservan los huecos de alojamiento de la tranca o elemento de cierre. Esta estructura defensiva no puede tener otra interpretación distinta a que existiera, a la altura de esta estancia (primer piso de la torre), un pasillo elevado de enlace externo defendido por almenas. Y este pasillo debería estar situado en una dirección adecuada que lo enlazara con otro torreón tal como el (13), que debemos suponer que fuera derribado con motivo de la construcción del grupo escolar. No conocemos documentos que lo prueben, pero de la conformación que estamos describiendo se deduce que así debió de ser.

La siguiente etapa es la correspondiente al siglo XVI, durante cuya primera mitad se comienzan las obras de la Asunción. Hacia 1535-1545 se encargaría a Andrés de Vandelvira la construcción de un nuevo templo, bien porque el existente de Santa María del Castillo, se encontrase deteriorado (cosa probable), o bien porque se pensase en construir otro de mayor relieve, acorde con la importancia que la población iría adquiriendo por razones geográficas, administrativas o de otra índole. El primer edificio de Vandelvira tendría, con mucha aproximación, el aspecto que puede verse en la figura 9. Al final de este siglo, la vieja Santa María habría desaparecido y otra nueva masa pétreo ocuparía su lugar. Sobre la torre (4), Vandelvira proyectaría otra recreada, como lo demuestra el cambio de textura de la piedra. Ver *Conjeturas... II* (AHISVI n° 7. 2008. Fig. 10). Esto en cuanto al exterior, en cuanto al interior hay que decir que se confirma completamente la teoría, el cambio constructivo es incuestionable. A partir del añadido, cambia radicalmente la estructura constructiva. La estrecha escalera perimetral desemboca en la base de otra helicoidal, incluida sin duda en el proyecto de Vandelvira. Este tramo final remataría en el rellano del campanario, tal como se encuentra en esos momentos. Y si el maestro aprovechó lo que existiera del elemento (9), no debió de ser ni por reparos nostálgicos, ni menos aún por que pensase



construir una “segunda torre”, al estilo de las grandes catedrales, sino por dos razones fundamentales bien diferentes, las cuales también he expuesto cumplidamente. Estas razones son principalmente dos, que se confunden en una sola. Primero, que le servía de contrafuerte para contrarrestar empujes horizontales. Y segundo que en su interior pensaba alojar la escalera de caracol de acceso al coro y a las bóvedas de la nave central. Lamento defraudar a quienes han acariciado otras ilusiones. En el proyecto de Vandelvira, no se contemplaba la basílica con la misma longitud y proporciones, con que aparece en la actualidad. Así lo demuestran las pilastras que más tarde serían aprovechadas por los continuadores, como pilares que soportasen el nuevo vano añadido. La longitud de la nave central del primer proyecto se reduciría a las cuatro primeras crujías, cubiertas por otras tantas bóvedas sobre pechinas, una longitud bastante más corta de la de la nave actual, a la que posteriormente se le añadió un quinto hueco destinado a alojar el presbiterio más el ábside rectangular donde se halla el retablo mayor. Está documentalmente probado que, de este templo, no existían ni el presbiterio o capilla mayor (o como hoy le llamamos: altar mayor), ni el capitel del campanario. En el anterior número de AHISVI se publicó un muy interesante artículo de Francisco Jesús Martínez Asensio en el que se citan algunos de estos documentos. Pero estos no se refieren fundamentalmente a lo que fueran las instalaciones militares, sino a las obras realizadas en el edificio de la iglesia y, de momento, quiero limitarme a las primeras. Me propongo emplear un tiempo posterior a investigar la secuencia de estas otras obras. Solo decir que en un documento¹ que cita Martínez Asensio, se comprueba que la ampliación del templo de Vandelvira no estaría acabada en 1596. Faltaría, entre otras cosas, el actual capitel de la torre. Tales ampliaciones se llevarían a cabo durante los siglos XVI y XVII. Muerto Andrés de Vandelvira en 1575, la continuación del templo corre a cargo de Pedro de Régil, su hijo Alonso Régil y Juan de Ostiaga, que habían trabajado con el maestro (en la fecha del documento citado más arriba, vivía aun el padre: Alonso Régil). La ampliación se lleva a cabo añadiendo la quinta bóveda, de más amplias proporciones que las anteriores y, por las razones que fueran, ligeramente ovalada. Se aprovechan como pilares lo que se había pensado como pilastras, simétricas a las otras dos del otro fondo de la nave. Aunque serían recrecidas, las dos columnas cuadrangulares resultantes, son aun más esbeltas que las ocho primeras, que ya pecan de extrema esbeltez. Ello comporta un más grande desafío a la solidez del conjunto, ya que la carga que deben soportar es aún mayor, dado el volumen de la nueva bóveda. Para recrecer estos elementos y armar el remate semiesférico sobre ellos debieron emplearse técnicas de apuntalamiento que confieso mi incapacidad para imaginarlas. O tal vez toda la secuencia constructiva fuese bien diferente a como podemos imaginarla. La diferencia entre las figuras 7 y 8 es únicamente estas dos construcciones posteriores. Al final, la torre aparece con la elegante esbeltez con que hoy podemos admirarla. Y la nave de la iglesia se prolonga hacia el Este. Es de suponer que se levantase una sacristía en la planta que ocupa la que hoy existe, o en otro sitio, pero no antes de principios del siglo XVI, como demostré en la III entrega de estos trabajos, lo que hace pensar, por el contrario, que sus obras empezasen inmediata y previamente a las de nueva parroquia de la Asunción². Es posible también que fuese la solución provisional para la celebración del culto religioso, como dice Julio Rubiales. Sabemos que, lo que existiera de ella, fue demolido, conservando sus piedras³. La construcción de la segunda sacristía, se llevaría a cargo de Alonso Barba y Juan de Ostiaga⁴, sería la que en estos momentos existe.

Una vez cerrada esta última fase, la nave eclesial quedaría tal como ahora podemos verla, pero a la torre-campanario le faltaría aún el capitel que tiene en estos momentos. Hacia final del siglo XVII o comienzos del XVIII se terminaría la nueva coronación de la torre, en forma de prisma ochavado y cono pétreo de remate. Es digno de insistir sobre lo que ya llevo dicho, en números anteriores sobre el torreón (3), que fuera torre del homenaje rematada en un matacán en esquina. Ver *Conjeturas...* (AHISVI n.ºs. 7 y 8. 2008 y 2009). Este elemento del castillo es uno de los más mutilados con la construcción de Vandelvira y de sus continuadores. La capilla de San José, construida para enterramiento de la familia Manjón, emparentada con los Régil, sería la última de estas agresiones, ver *Conjeturas...* (AHISVI n.º 8. 2009).

Las últimas transformaciones operadas en el conjunto consisten en la construcción de la capilla del Rosario, destinada a albergar la imagen de la patrona del pueblo, que fuera más tarde mandada reparar por

¹ AHDCJ. Correspondencia del Cabildo. Año 1596.

² Durante algún tiempo más, después de terminada, siguió llamándose Santa María la Mayor.

³ Ana Olivares. *el templo parroquial de la asunción de villacarrillo. intervenciones en el siglo XIX*: AHISVI N.º 8.

⁴ Galera Andreu. *Arquitectura y arquitectos en Jaén a fines del siglo XVI*.



el párroco de aquellos días: Don Marcos Pellón y Crespo en 1883. En el plano de la fig. 1, podemos verla señalada con el número (15). Está formada por una nave voluminosa, coronada por una cúpula de medio punto y un camarín, también coronado por una bóveda semiesférica, que alberga la referida imagen. Estas obras solo afectarían a los restos del castillo en aquello que pudo haber sido la escalera de acceso al campanario, el que fuera, según se ha referido, el antiguo minarete (4). Esta es la conclusión que puede extraerse de un documento desempolvado por Ana Olivares, en su obra: *Villacarrillo en el siglo XVIII. Población, propiedad y vida cotidiana*. Pag. 315⁵. Existiría en el siglo XVIII, una escalera de acceso a la torre desde el nivel del suelo. El primer piso se encuentra actualmente cegado.

En 1911 se finalizó la construcción del grupo escolar (14), para lo cual debió ser necesario el derribo de todo el frente sur de la fortaleza, elementos señalados en la fig. 1 mediante línea discontinua. Estos elementos serían: la parte correspondiente de pasillo almenado o camino de ronda que circunscribía el perímetro, junto con los torreones (8) (12) y (13), de los cuales, solamente el último sería totalmente desmontado. De los dos primeros quedan restos que nos dan testimonio de su indudable certeza, de los mismos y del adarve almenado. Del torreón (13), nos habla Román Pulido, aunque en la época en que se refiere a él ya debía estar demolido⁶. Es de suponer que lo conociera en su integridad, durante su juventud. Lo existente es una buena prueba de que la fortaleza debió tener una planta muy parecida a la de la fig. 9

Durante la fase últimamente descrita, se derruirían, aunque sólo parcialmente, los torreones (8) y (12). Del primero hablé en el número anterior de esta revista, explicando la transformación sufrida. Del torreón (12) poco podemos saber, excepto que existiera tan ciertamente como todos aquellos otros de los que actualmente existen restos constatables. Sabemos sí, que en momentos anteriores a la construcción de las escuelas, existían, pegados a la muralla del castillo, unos pósitos de trigo, tal como lo atestigua la piedra grabada que se encuentra dentro del edificio que hoy es casa parroquial. Esta piedra debió ser trasladada cuando se construyó este edificio, pues su colocación no tiene demasiado sentido. Lo que en este momento podemos ver del torreón (12) es solamente una pared, la que mira a la parte norte, hacia el interior del patio de la sacristía, que fuera el de armas del castillo remodelado después de la edificación de la primitiva Santa María. Ver fig.4.



Fig. 4. Torreón 12. Sólo desde la línea de discontinuidad hacia abajo pertenece al torreón original.

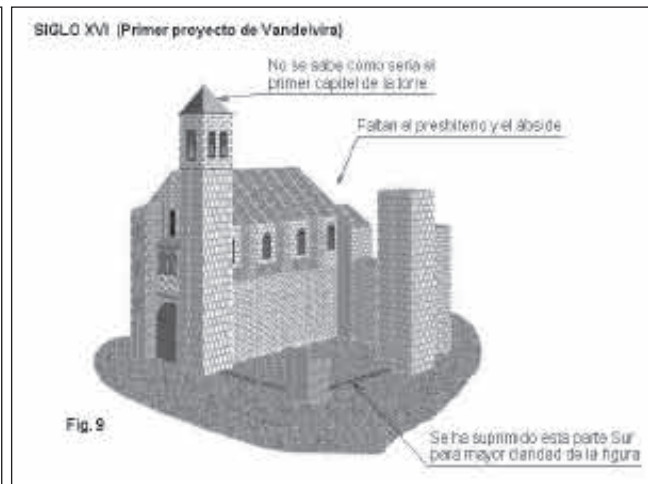
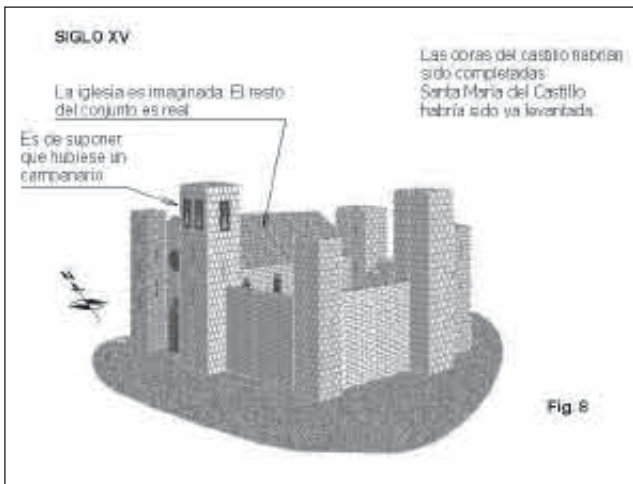
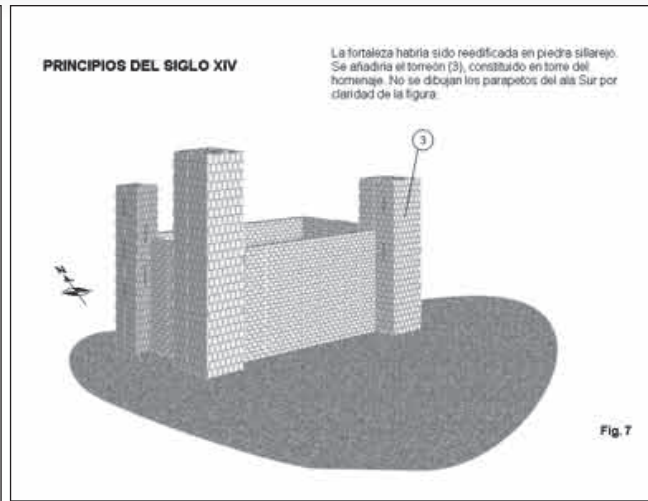
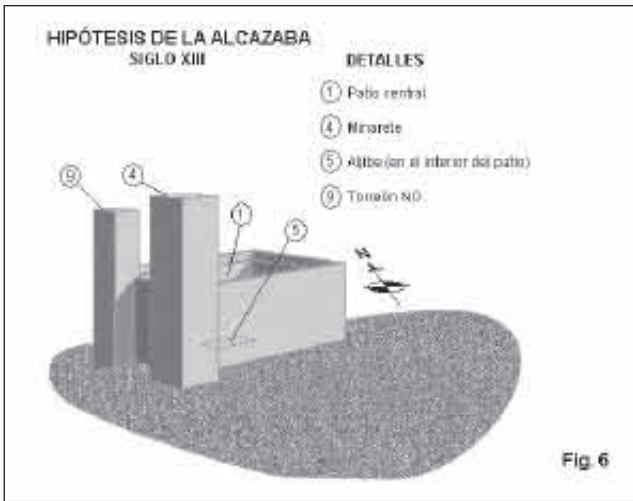


Fig. 5. Última pared de la muralla del castillo. 1910.
(Foto Archivo R. Rubiales)

⁵ Protocolos notariales. Testamentos. Villacarrillo.

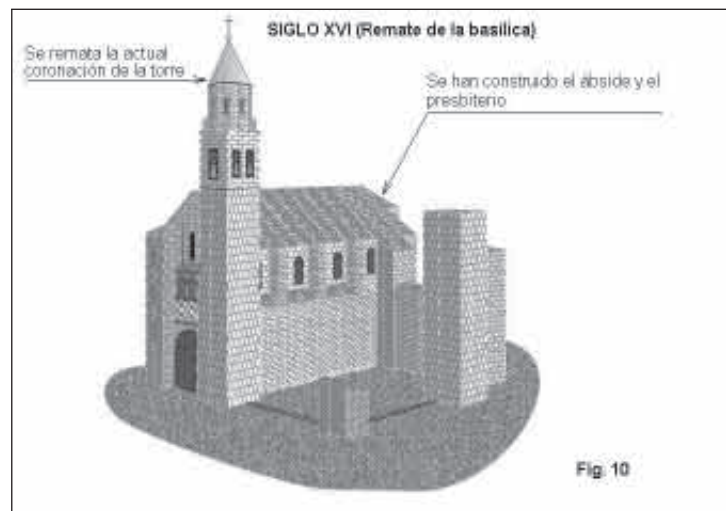
⁶ *La lápida árabe de Villacarrillo*. Tomás Román Pulido. Revista Don Lope de Sosa, año 1914. pags. 237-244. «...el lado Sur conservaba tres torreones, que fueron en parte demolidos para la construcción de las Escuelas graduadas modelo;...»





Faltaría decir que después de la construcción del grupo escolar aun quedaría una parte de muralla del viejo castillo cristiano, la que existiera en el sitio que ocupa la casa del párroco, marcada con el número (17) en la figura 1. Este último vestigio de muralla puede verse en la foto de la fig. 5, de aproximadamente el año 1910.

Finalmente he de puntualizar que no ha pasado en ningún momento por mis intenciones referir estos análisis al aspecto artístico, monumental o arquitectónico de los edificios tratados, sino que me he limitado a considerar el conjunto en tanto en cuanto



sus posibles transformaciones en el tiempo, y sobre todo, en lo que hayan afectado a las fortalezas militares que compartieran espacio con la arquitectura religiosa. Debo agradecer a mis lectores la paciencia con que le hayan podido dedicar un tiempo a esta desordenada serie de conjeturas. Y para próximos números buscaré temas nuevos también relacionados con el pueblo de Villacarrillo o su comarca. También quiero dedicar un recuerdo para los compañeros de AHISVI que han participado en estas indagaciones, sobre todo a Ramón Rubiales y a Manolo Ceacero, sin su participación hubiera sido todo mucho más difícil.

José Antonio Barberán

